

El hispanismo británico y la historiografía contemporánea en España

Sebastian Balfour

El título de este coloquio -**La** mirada del **otro**- implica evidentemente visiones de la historia de España a través de culturas y tradiciones historiográficas distintas a la española. Tener que analizar la visión de uno de los «otros» -**La** británica- me obliga a girar la lente o el espejo a través del cual los historiadores británicos hemos observado la historia de España hacia nosotros. Y esto entraña no sólo intentar hacer una pequeña historia de la manera en que volvimos los ojos hacia este país en primer lugar, sino también hacer una síntesis de nuestras diferentes interpretaciones de su historia y explicar, además, los motivos, las teorías y las metodologías que las han condicionado. En esta tarea me han ayudado, además de las reflexiones de otros connacionales, los trabajos de dos historiadores españoles que han escrito sobre el tema del hispanismo británico, Enrique Moradiellos y Ángela Cenarro; en este caso ha sido la mirada del «otro» al «otro».

Pero antes de abordar el asunto, quisiera hacer una reflexión, que casi nunca se ha hecho en todos estos análisis, sobre la influencia del mercado editorial en el Reino Unido en el trabajo de los hispanistas. Hasta la Guerra Civil, la demanda de libros sobre España se enfocó sobre todo en aspectos de su civilización, o sea menos en su historia y más en amplias generalizaciones —el conjunto de su cultura, arte, geografía, costumbres etc.-. Durante la Guerra Civil emergió un público más amplio para libros sobre la historia española contemporánea debido a la percepción de que esa historia formaba parte central de la gran lucha europea entre el fascismo y el comunismo o, por otra parte, entre fascismo y democracia. Y con la expansión masiva y la reestructuración

de las universidades en los años sesenta, la demanda para estudios históricos sobre España se multiplicó. A medida que el número de especialistas sobre España creció en las universidades, las revistas académicas abrieron sus páginas cada vez más al estudio de este país. Sin embargo, el interés en la historia de España ha sido mucho menor que el interés en la historia de Francia o Alemania *inter alia*, o, como era previsible, en la de los Estados Unidos. Esto se debe evidentemente a la mayor importancia comercial, política y cultural que tienen estos países en Gran Bretaña.

Además, en contraste con lo que pasa en España, en el Reino Unido hay una falta notable de instituciones públicas y privadas para financiar las publicaciones académicas, al menos en las humanidades y ciencias sociales. El resultado es que, por regla general, los historiadores británicos que se especializan en la historia de España han tenido que adoptar un enfoque bastante amplio en términos temáticos o en cuanto a la periodización se refiere para poder responder a las demandas de las editoriales, cuyo mercado principal para tales publicaciones es el de los estudiantes universitarios y un público especializado, aparte de obras sobre temas de un especial interés tradicional en el país, como la Guerra Civil. Incluso al nivel de las revistas académicas de historia, se tienden a publicar aquellos artículos que tienen un enfoque restringido temática o geográficamente en razón sobre todo de su aportación teórica o de su valor comparativo. Las revistas académicas del hispanismo británico, por otra parte, han sido dominadas por los estudios literarios, lingüísticos y culturales. Las consecuencias de tales planteamientos no son necesariamente negativas, ni van contra los intereses de la investigación o las estrategias de historiadores individuales. De hecho, como sostendré más adelante, las metahistorias o narrativas de largo alcance forman parte de una fuerte tradición historiográfica en Gran Bretaña.

Por el contrario, la existencia en España de fondos para la investigación histórica, sobre todo a escala regional y local, puede tener desventajas. El enfoque en un tema, lugar o período histórico, porque coincida con los intereses de la institución que patrocina el proyecto, no significa que necesariamente suponga una contribución importante a la historiografía. Por el contrario, la proliferación de tales estudios puede conducir a la fragmentación o al puro empirismo. La selección del tema debería determinarse por su relativa importancia en la teoría o en la interpretación de amplios procesos históricos; o sea, por su

idoneidad como modelo o su contribución a la acumulación de pruebas que conduce o sostiene una hipótesis.

Claro está que, por otra parte, las interpretaciones de largo alcance típicas en la tradición historiográfica británica pueden conducir a generalizaciones que resulten difícil verificar apropiadamente con datos empíricos y en las que más fácilmente el punto de partida ideológico del historiador pueda tener una influencia deformadora. Ésta es sin duda una característica común entre algunos de los primeros análisis de la historia española hechos por académicos británicos en el siglo XX. Sin una fuerte base empírica, éstos revelan los prejuicios de sus autores, prejuicios políticos e incluso raciales, derivados del residuo del paternalismo imperial británico o del liberalismo conservador y anglicano del siglo XIX.

Un breve repaso de la historia de la historiografía británica de las primeras décadas del siglo demuestra, en contraste con su equivalente europeo, el desarrollo tardío de perspectivas y metodologías basadas en la revolución intelectual de las ciencias humanas en la segunda mitad del siglo pasado que se produjo bajo el impulso primero de Marx y luego de Freud, Weber, Durkheim, Croce y otros. Los círculos académicos británicos no sólo no habían participado en esta renovación científica sino que se habían quedado más bien aislados en una autarquía intelectual casi impermeable, caracterizada por el positivismo metodológico y el liberalismo tradicional. No habían faltado críticos de este continuismo desde la derecha y la izquierda tales como Carlyle, Ruskin y Morris ¹. Pero la relativa estabilidad política en Gran Bretaña y la consecuente ausencia de grandes movimientos sociales revolucionarios habían impedido el desarrollo tanto del antiliberalismo conservador como de la sociología marxista o *marxisant*.

Sólo con el socialismo cristiano de R. H. Tawney y la creación de su revista *Economic History Review* empezaron a penetrar en la torre de marfil británico aires intelectuales de Europa ². Sin embargo, no se desarrolló una historiografía multidisciplinar informada por consideraciones teóricas. Por el contrario, predominaba una fragmentación de las subdisciplinas historiográficas en las cuales se infiltró la sociología pero sobre las cuales la tradicional historia política y constitucional

¹ Gareth SPEDMAN JONES, «History: the Poverty of Empiricism», en Robin BLACKBUHN (ed.), *Ideology and Social Science*.

² Entre las obras más destacadas de TAWNEY figura su *Religion and the Rise Of Capitalism*, London, 1926.

mantenía todavía su hegemonía. Lejos de la metanarrativa o el determinismo social de la tradición marxista, este liberalismo británico insistía en la autonomía del individuo y el papel de la suerte y de la indeterminación en el devenir de la historia. La radicalización ideológica de los años treinta despertó un gran interés en el marxismo entre los intelectuales británicos, pero no condujo a una seria reestructuración teórica de la historiografía sino simplemente al mayor desarrollo de investigaciones sobre la historia social y del movimiento obrero.

Veamos ahora el lugar que ocupó el hispanismo historiográfico en este contexto académico. En contraste con su equivalente francés, el hispanismo académico británico sólo empezó a desarrollarse después de la primera guerra mundial. Hasta la Guerra Civil, su enfoque principal y casi exclusivo fue la literatura, el arte y la lingüística. Al menos en estos campos, mucho se hizo para desterrar la tradicional leyenda negra y los mitos románticos sobre España que habían dominado las percepciones británicas. Éstos derivaron sobre todo, como ha señalado Enrique Moradiellos, de las relaciones históricas hispanobritánicas³. La Leyenda Negra, que pintaba a la nación española como la personificación de la crueldad y de la ignorancia, fue en realidad la expresión británica de la rivalidad colonial y religiosa entre los dos países en los siglos XVI y XVIII. El mito romántico, por otra parte, tenía su origen en parte en el cambio de estas relaciones cuando el pueblo español se alzó contra Napoleón en 1808, colocando a España dentro de la red internacional antirrevolucionaria británica. Pero correspondía también al nuevo gusto por el exotismo en la Europa en vías de desarrollo. La visión de la España romántica en Gran Bretaña no distaba mucho de las imágenes de los escritores y músicos franceses como Merimée y Bizet. El carácter español, en este mito, se definía por su individualismo y heroísmo y el supuesto colorido de su entorno, tan distinto de las ciudades grises llenas de niebla tóxica de la Europa del norte en las cuales la industria y la burocracia iban imponiendo su ritmo. Incluso a los escritores británicos con más interés en conocer la España «profunda», como George Borrow y Richard Ford, no les faltó una visión distorsionada de las realidades españolas⁴.

³ Enrique MORADIELLOS, «El espejo distante: España en el hispanismo británico contemporáneo», *Revista de Extremadura*, núm. 24, septiembre-diciembre 1997, pp. 7-3.

⁴ Para una apreciación reciente de estos dos escritores, véase Antonio GIMÉNEZ

En el período posterior a la primera guerra mundial, el hispanismo británico tomó un cierto auge gracias a la labor del catedrático de estudios españoles de la Universidad de Liverpool, Edgar Alison Peers, que fundó en 1923 la primera revista británica dedicada al estudio de España, el *Bulletin Of Spanish Studies* (que posteriormente se tituló *Bulletin Of Hispanic Studies*). Sin embargo, el enfoque de la revista era casi exclusivamente literario y lingüístico y se mantuvo esta tendencia hasta los años setenta. De hecho, según Ángela Cenarro, tan sólo 25 artículos sobre la historia de España aparecieron en las páginas de la revista en todo este período⁵, de los cuales sólo algunos versaron sobre la España contemporánea, aunque casi siempre contenía un resumen de los acontecimientos políticos, al menos bajo la dirección de Alison Peers. Esta relativa falta de interés en el ámbito universitario por la historia contemporánea de España se reflejó también en la escasez de trabajos de investigación en las revistas británicas de historia; el *Bulletin Of the Institute Of Historical Research* de la Universidad de Londres, por ejemplo, sólo dedicó un artículo a la historia de España del siglo XX entre 1923 (cuando también se fundó) y 1952⁶. El contraste con el hispanismo francés no podía ser más llamativo.

Fue sobre todo la Guerra Civil lo que transformó el hispanismo en el Reino Unido. Durante y después del conflicto, se despertó en este país un enorme interés por España. Este interés puede atribuirse a distintos motivos. Uno era la percepción generalizada de que el conflicto era una guerra civil europea en miniatura, o una guerra entre la democracia y el fascismo, según algunos, o entre el comunismo y la tradición, el orden y la religión, según la derecha. Evidentemente, estas visiones pecaban de un cierto reduccionismo, ignorando las realidades específicas del conflicto español. Pero el instinto político de los que se lanzaron a defender la República en las Brigadas Internacionales o detrás de las líneas o en las páginas de los periódicos era mejor que los políticos británicos y la burocracia sindical, para quienes España y luego Checoslovaquia eran «países lejanos». Por el contrario, para los primeros, el desenlace del conflicto era de una impor-

CRUZ, *¡Cosas de los ingleses! La España vivida y soñada en la correspondencia entre George Borrow y Richard Ford*, Madrid, 1977.

⁵ Ángela CENARRO, «De ls viatges en Calessa a l'academia. Orígens i consolidació de la historiografía angloamericana sobre l'Espanya eontemporania», *El Contemporani*, 11-12 (gener-agost, 1997), pp. 61-68.

⁶ *Ibid.*, p. 67, nota 6.

tancia vital para el futuro del continente europeo. El compromiso de varios intelectuales británicos con la causa de la República es bien conocido y las opiniones del pueblo inglés que se reflejaban en las encuestas durante la segunda mitad de la Guerra Civil sugieren que la mayoría apoyaba a la República y sólo una pequeñísima minoría sentía lo propio hacia los nacionalistas. Según el *British Institute of Public Opinion* en 1939, el 72 por 100 de los encuestados apoyaba a la República y tan sólo el 9 por 100 a los Nacionales, quedando un 19 por 100 sin opinión ⁷. Además, en un momento en que la democracia liberal en Europa estaba siendo amenazada por todos los frentes, la brevedad y la supuesta incapacidad de la democracia parlamentaria en España para mantener un consenso político y social estimularon el debate sobre la historia española como paradigma ⁸, en caso contrario, como excepción.

El interés en el Reino Unido por la Guerra Civil no terminó con el franquismo y la Segunda Guerra Mundial. Las conferencias y seminarios sobre los años treinta en España continúan despertando fascinación y polémica. Se ha reavivado una fuerte polémica sobre la participación del escritor inglés Laurie Lee en la Guerra Civil, no en las páginas del hispanismo académico, sino, lo que es significativo, en las columnas de las revistas y periódicos. La controversia gira en torno a las afirmaciones del autor, muerto hace un año, en su libro *A Moment of War*, de haber tomado parte en las filas de la Brigada Internacional británica en la batalla de Teruel ⁸. En la revista *The Spectator* de enero de este año, el veterano comandante de la Brigada, Bill Alexander, autor también de un libro sobre la experiencia de esta Brigada ⁹, negó tajantemente que Lee estuviera en Teruel y describió sus afirmaciones como «pura fantasía». Un artículo reciente del diario *The Guardian*, en cambio, consagró dos páginas defendiendo a Lee y afirmando que podría haber participado a pesar de haber reconstruido sus movimientos en sus memorias de forma demasiado rudimentaria ¹⁰.

Volviendo al tema de las interpretaciones sobre la Guerra Civil, los escritores y académicos británicos encontraron distintas explica-

⁷ Tom BUCHANAN, «A Far Away Country of Which We Know Nothing. Perceptions of Spain and its Civil War in Britain, 1931-1939», *Twentieth-Century British History*, vol. 4, núm. 1, 1993, pp. 1-24.

⁸ Laurie LEE, *A Moment of War*, London, 1991.

⁹ Bill ALEXANDER, *British Volunteers for Liberty*, London, 1982.

¹⁰ Michael EAUDE, «Fighter of fakes», *The Guardian*, 13 de mayo de 1998.

ciones a la derrota de la República. La posición de los intelectuales que tomaron parte en la guerra, como fue el caso de George Orwell y de Arthur Koestler, es bien conocida ¹¹. El abanico de opiniones entre los académicos está ilustrado en el trabajo de Allison Peers, por una parte, y el catedrático de música J. B. Trend, por otra. El primero reflejaba la percepción de los conservadores en el Reino Unido de que la República fracasó debido al extremismo de la izquierda, la supuesta falta de un líder carismático entre las filas republicanas y la ineptitud de los liberales progresistas ¹². En consonancia con el elitismo paternalista típico del liberalismo tradicional, Allison Peers estimó, en vísperas de la Guerra Civil, que España sólo podría salvarse si surgiera un gran líder «capaz de gobernar con moderación y prudencia, de superar los objetivos recriminatorios de la política de los partidos» ¹³. Siendo católico, le hirió especialmente la violencia contra la propiedad de la Iglesia en las primeras semanas de la Guerra Civil. Sin distinguir entre este brote de violencia espontánea y momentánea en las filas republicanas y la violencia sistemática y oficial de los Nacionales contra la sociedad civil, terminó condenando a los dos bandos en igual medida por las atrocidades. Su falta de entendimiento de la naturaleza del franquismo, compartida por muchos otros conservadores y católicos, quedó bien demostrada en la creencia de que el gobierno de Franco iba a ser, tal y como él escribió durante la Guerra Civil «un gobierno suave en el que todos los españoles pacíficos podrán vivir satisfechos» ¹⁴.

¹¹ George ORWELL, *Homage to Catalonia*, London, 1938; Arthur KOESTLER, *Spanish Testament*, London, 1937. No es el lugar aquí para enumerar la enorme cantidad de libros de autores británicos, testigos, participantes o comentaristas de la Guerra Civil, ya que el enfoque principal de este artículo es el mundo académico.

¹² Además de artículos, Alison PEERS publicó cinco libros sobre los acontecimientos en España tan sólo en seis años: E. Alison PEERS, *The Spanish Tragedy, 1930-1936: Dictatorship, Republic, Chaos*, London, 1936; *Catalonia Infelix*, London, 1937; *The Church in Spain*, London, 1938; *The Spanish Dilemma*, London, 1940; *Spain in Eclipse, 1937-1943; A Sequel to The Spanish Tragedy*, London, 1943.

¹³ *The Spanish Tragedy*, p. 222. Esta actitud había sido compartida por los círculos diplomáticos británicos. En un informe al Primer Ministro Sir Edward Grey el 24 de octubre 1909 sobre la Semana Trágica, el Embajador en España, E. Grant Duff, escribe: «Desgraciadamente, faltan en este país, ahora como siempre, hombres que combinen la moderación con el sentido común. Todo el mundo tiende a ser o un Torquemada o un Ferrer... Hasta que un estadista surja que tenga el poder y el coraje de purificar la administración y contener la Iglesia dentro de sus debidos límites, España continuará siendo una perfecta y nefasta demostración para el resto de Europa», *British Documents*, part 1, vol. 28, Doc. 34, núm. 39721, p. 74.

¹⁴ *Catalonia Infelix*, op. cit., p. 297.

Alison Peers ignoraba completamente, por ejemplo, el odio de los Nacionales contra el regionalismo, que él apoyaba con entusiasmo, entendiendo Catalunya como una nación. Por el contrario, él veía a los Nacionales como una amenaza menor para el regionalismo que la extrema izquierda (la cual imaginaba que había dominado la República) y reivindicaba haber visto concesiones hacia el regionalismo por parte de Franco y Mola ¹⁵.

Trend, por el contrario, fue parte de una mayoría aplastante de intelectuales que apoyaba la República. En su libro *The Origins of Modern Spain*, que se publicó antes de la Guerra Civil, se adelantó con explicaciones que acabarían por resultar ortodoxas en los años venideros, argumentando que la República fue un intento de modernizar España según las líneas propuestas originariamente por la Institución Libre de Enseñanza ¹⁶. En un libro posterior a la Guerra Civil, *The Civilization of Spain* (que fue para mí, en mis estudios secundarios en los años cincuenta, un libro de lectura obligatoria) afirma, adoptando explícitamente una actitud muy crítica contra Alison Peers, que el programa de reformas progresistas de la República falló a causa de la reacción de los militares, la iglesia y la oligarquía terrateniente ¹⁷. El hecho de que el trato académico que se ha dado a la Guerra Civil fuese visto principalmente a través de los ojos de la disciplina de «civilización» - Trend era principalmente musicólogo, por ejemplo- ilustra la escasez de historiadores profesionales de entonces especializados en la España contemporánea.

El primer trabajo de la prolífica producción del hispanismo histórico británico fue *El laberinto español* de Gerald Brenan, escrito en 1943, unos veinte años antes de la transformación de los estudios hispánicos en las universidades británicas ¹⁸. En *The Civilization of Spain* Trend mismo elogió el libro de Brenan como el único sobre la Guerra Civil que se podía leer con verdadero respeto. Brenan no era un académico, sino poeta y escritor sobre temas literarios. Había sido participante de la famosa escuela estética denominada Bloomsbury de las primeras décadas del siglo, a la cual también habían pertenecido Virginia Woolf y John Maynard Keynes, que se había formado en torno a la convicción

¹⁵ *ibid.*

¹⁶ J. B. TREND, *The Origins of Modern Spain*, London, 1934.

¹⁷ J. B. TREND, *The Civilization of Spain*, London, 1944.

¹⁸ GERALD BRENAN, *The Spanish Labyrinth. An Account of the Social and Political Background of the Spanish Civil War*, London, 1943.

en la importancia del papel de las artes en la sociedad. Es sorprendente, en consecuencia, que su libro sobre la problemática española rechazase las perspectivas tradicionales de los estudios de la civilización para enfocarse en los problemas sociales y económicos. No en vano, Brenan había vivido en un pueblo en las Alpujarras durante casi dieciséis años antes de la Guerra Civil y conocía de primera mano los problemas de los labradores andaluces, además de haber estudiado las obras de Costa, Díaz del Moral y Bernaldo de Quirós entre otros ¹⁹.

En realidad, su libro echó los cimientos de todas las serias investigaciones posteriores sobre los años treinta en España, tanto en Gran Bretaña como en otros países. El enfoque estructural del libro permitió conjeturar que las tensiones que dieron lugar a la Guerra Civil tenían sus raíces en la sociedad española y que no fueron simplemente el resultado de la lucha entre el fascismo y la democracia. Este enfoque particular se aleja de la historiografía británica tradicional, caracterizada sobre todo por una preocupación por la narrativa y el estudio de la política de partidos y la diplomacia. Sin ser tan deterministas o teleológicas como las de algunos análisis marxistas, las explicaciones de Brenan exponen los procesos sociales y económicos a largo plazo como la raíz de los hechos políticos, y no así las acciones de los hombres de Estado. No es decir que algunos de los juicios de Brenan no fuesen cuestionados por la investigación posterior. Pero, como sabemos, gran parte de su tesis ha sido aceptada en la historiografía.

Entre los juicios de dudosa valía que se encuentran en *El laberinto español* figuran algunas variantes de los viejos estereotipos sobre el carácter español compartidos por muchos ingleses y otros extranjeros. Refiere en el prefacio a la segunda edición del libro de 1950 el estado de ánimo de los españoles como «destrutivo y escéptico que viene acompañado, muchas veces en la misma persona, por un vivo deseo de fe y certidumbre» ²⁰. En la primera edición, afirma que «los estratos más profundos del pensamiento político y del sentimiento español son orientales» ²¹. Trend también repite el famoso estereotipo del español típico que aparentemente se resiste a participar en una colectividad política por ser demasiado individualista ²². Estos tópicos sobre un

¹⁹ Jonathan GATHORNE-HARDY, *A Life of Gerald Brenan. The Interior Castle*, London, 1994.

²⁰ Traducción del autor, edición de 1963, p. VII.

²¹ *Ibid.*, p. XVI11.

²² J. B. TREND, *The Civilization*, p. 182.

supuesto carácter nacional los compartían otros escritores y periodistas de la izquierda británica. Destacaban los estereotipos del individualismo español, productos de la combinación de la Leyenda Negra y del romanticismo, que versaban sobre la ineficiencia de los españoles, su crueldad y violencia innatas cuya expresión más típica era la corrida, la siesta como prototipo de la pereza española, la naturaleza subdesarrollada y feudal de la sociedad agrícola etc.²³ El poeta, W. H. Auden, tan comprometido con la República, definió a España en un poema con el mismo título como

«aquel cuadrado árido, aquel fragmento cortado de la caliente
África, soldado de forma tan rudimentaria a la Europa inventiva»²⁴

En realidad, en una época tan ligada todavía al colonialismo y en la que las ciencias sociales todavía se habían desarrollado relativamente poco, quedaba el residuo de prejuicios raciales o nacionalistas incluso entre los sectores que más luchaban contra el racismo de los nazis.

El laberinto español se convirtió en punto de referencia importante para los hispanistas posteriores y de hecho a finales de los años cincuenta era ya un libro de texto para estudiantes universitarios británicos e irlandeses que empezaban la carrera de lengua y literatura española, como yo. Brenan, sin embargo, no era el originario de estas escuelas ni el eslabón vivo entre los viejos y nuevos enfoques del estudio de España. No era profesor universitario y después de volver a España en el año 53, se quedó allí hasta su muerte. De hecho, el resurgimiento del hispanismo histórico fue algo fortuito. Siendo un joven profesor titular de la Universidad de Oxford, Raymond Carr decidió emprender una historia de España tras haber sido enviado a Andalucía para convencer a Brenan para que la escribiese, a lo que Brenan respondió que se sentía demasiado viejo. Según se dice, Hugh Thomas empezó su investigación sobre la Guerra Civil como resultado de un encargo. Sir John Elliot cuenta como un viaje por la península en el año 1950 le abrió los ojos a la posibilidad de escribir una tesis doctoral sobre la historia de España²⁵.

²³ BUCHANAN, «A Far Away Country».

²⁴ Traducción del autor. En el original, "... that arid square, that fragment nipped off from hot Africa, soldered so crudely to inventive Europe... », "Spain», en *Selected Poems*, London, 1979, p. 53.

²⁵ Jolm ELLIOTT, «El Hispanismo británico», *Donaire*, núm. 7, diciembre 1996, pp. 74-81.

La investigación de la historia de España del siglo XX se enfrentó, claro está, con enormes obstáculos durante la dictadura de Franco. De hecho, las malas condiciones de muchos de los archivos, el acceso difícil a la consulta de éstos y, sobre todo, el franquismo mismo desviaron a muchos historiadores jóvenes hacia otros países europeos. Pero estos mismos obstáculos también supusieron una ventaja crucial para el hispanismo extranjero y en concreto para un hispanismo imbuido de las tradiciones de la historiografía británica liberal. La imposición de la mitología franquista en las universidades y la censura posterior en las publicaciones hicieron que para los historiadores españoles resultase casi imposible ejercer su profesión. E incluso la destrucción y el cierre, o el acceso restringido a los archivos dificultó tremendamente la investigación empírica. Así, la escuela británica de historiografía que premiaba la narrativa y las interpretaciones amplias y a largo plazo sin apoyarse en la acumulación de datos, contó con una ventaja considerable. En los años sesenta, las dos obras británicas que formaban parte de esta tradición, la de Thomas en 1961, *The Spanish Civil War* y la de Raymond Carr en 1966, *Spain, 1808-1939*, tuvieron una influencia enorme, sobre todo en España, como se sabe²⁶. El libro de Thomas sobre la Guerra Civil se introdujo de contrabando en España en la traducción de Ruedo Ibérico hecha en París y cientos de copias fueron confiscadas por la policía en las numerosas redadas contra opositores del régimen²⁷. Tuvo un enorme éxito editorial en otras partes, contando con varias ediciones y reimpressiones en diferentes idiomas.

Sin embargo, estas dos obras difieren mucho entre sí. Aunque tienen un mismo punto de partida ideológico, el liberalismo democrático tradicional de Gran Bretaña, sus actitudes ante la historia son completamente diferentes. La obra de Carr adopta unas perspectivas estructurales socioeconómicas de largo alcance sin menospreciar la narrativa ni el papel de la política en el desarrollo de la historia. Su tesis centra la atención en el fracaso del sistema de la Restauración de llevar a cabo una modernización política y económica de España, confrontándose con la oposición de la oligarquía terrateniente, la Iglesia y los militares. El libro de Thomas, en cambio, es fundamentalmente una narrativa sin un aparato analítico muy desarrollado y, en consecuencia, minimiza las especificidades españolas de la Guerra Civil, favoreciendo en cambio

²⁶ La edición del libro de CARR es de Oxford y la de THOMAS de Londres.

²⁷ Paul PRESTON, «The War of words: the Spanish Civil War and the historians», en PRESTON (ed.), *Revolution and War in Spain 1931-1939*, London, 1984, p. 4.

la dimensión internacional de la contienda, el papel, por ejemplo, de la diplomacia y de las Brigadas Internacionales.

Se ha dicho que Carr y Thomas fundaron escuelas de hispanismo, una en Oxford y la otra en Reading²⁸. Sin embargo, es importante distinguir entre las escuelas y los núcleos de historiadores que trabajaban en un mismo campo. Lo que entiendo por el término escuelas es un *corpus* de investigación imbuido de las mismas teorías y/o metodología. La diversidad del hispanismo británico de los setenta hacia delante es tal que sería inexacto decir que estaba dividido en escuelas. Más bien había núcleos importantes de individuos dentro de instituciones o agrupados en torno a seminarios de investigación fuera de estas instituciones, o sea existían bases institucionales para el estudio de la historia de España. La primera fue aquella formada por Raymond Carr en Oxford en la que varios historiadores españoles distinguidos como Romero Maura tomaron parte. Pese a que fue el primer núcleo en Gran Bretaña que introdujo rigor intelectual y el uso de los utensilios de la investigación histórica de la España contemporánea, no se caracterizó por enfoques teóricos o metodológicos similares dentro de la disciplina de la historia. Esto se dio aún menos en el núcleo de investigadores que se formó en torno a Hugh Thomas en la Universidad de Reading en los años setenta, y que incluía a historiadores como Paul Preston, Michael Alpert y Jill Edwards.

Es importante recordar que dentro de la historiografía británica de los sesenta había diferentes escuelas, siendo una de las más importantes la Marxista o la escuela *marxisant*, cuyos exponentes más importantes fueron E. H. Carr, E. P. Thompson y Eric Hobsbawm. De hecho, hubo una expansión extraordinaria del mundo académico en Gran Bretaña en los años sesenta y setenta como en otras partes de Europa, que enriqueció las formas de hacer historia con la multiplicación de metodologías y teorías de partida. La concesión de becas también permitió la consulta de archivos en el extranjero. Al igual que en otros lugares, la historia se convirtió en una actividad multidisciplinar, que utilizaba la sociología, antropología y en los últimos años los estudios

²⁸ MORADIELLOS, *El espejo* (pp. 32-33), utiliza el término «escuela», primero en cursiva y luego sin cursiva. Los que estudiaron en Oxford bajo la dirección de CARR fueron, entre españoles y británicos, Juan Pablo Fusi, Joaquín Romero Maura, José Varela Ortega, Paul Preston, Martin Blinkhorn, Frances Lannon, Richard Robinson. THOMAS, por otra parte, tuvo como alumnos a Preston (antes de empezar su doctorado en Oxford), Michael Alpert y Jill Edwards, entre otros.

culturales como nuevas perspectivas y métodos de investigación. Así se transformó la historiografía tradicional británica, que antes había estado basada *inter alia* en la narrativa, la elegancia literaria y la función pedagógica y moral.

El trabajo de E. H. Carr, Thompson y Hobsbawm, sobre todo, rompió con estas tradiciones liberal-positivistas, base del concepto Whig de la historia. La idea de que la interpretación de la historia surge de la acumulación de datos fue puesta en tela de juicio. La nueva escuela sostuvo que lo que se estudia, incluso los datos que el historiador escoge estudiar, provienen de un sistema específico de valores. Los hechos no son autónomos sino dependen de cómo se les interpretan. y las interpretaciones, por su parte, dependen de los valores. O sea que hacer historia es hacer teoría²⁹. De igual modo, se cuestionó la suposición de la historia liberal según la cual el devenir de la historia dependía sobre todo del individuo, del agente moral, del papel de la suerte. De este modo, la historia social o la historia del movimiento obrero en Gran Bretaña emergió en los años sesenta de su estrecha especialización para proponer la construcción de totalidades históricas basadas en el análisis de las estructuras socioeconómicas³⁰.

La expansión de la historiografía hispanista en Gran Bretaña fue en parte el resultado del auge de las universidades en los años sesenta. Pero estaba ligada también a la llegada de una nueva generación de investigadores cuyo interés por España provenía de su identificación con la lucha contra Franco y su rechazo al papel jugado por la diplomacia británica en el debilitamiento de la República. No en vano, la proliferación de investigación histórica sobre España estuvo impregnada de fuertes polémicas. Surgieron dos interpretaciones marcadamente distintas sobre la Segunda República y la Guerra Civil. Una fue principalmente el producto del núcleo de Oxford dirigido por Raymond Carr (pese a la contienda mantenida por dos de sus más importantes investigadores). Denominada en 1973 por uno de sus críticos internos, Martin Blinkhorn, como la «nueva ortodoxia conservadora»³¹, esta interpretación (descodificación) de la historia española echa la culpa de la Guerra Civil principalmente al extremismo de la organización revolucionaria y al fracaso de la izquierda parlamentaria para llegar a un

²⁹ Edward Hallett Carr, *What is history?*, Basingstoke, 1986.

³⁰ Stedman Jones, *History*, pp. 110-111.

³¹ «Anglo-American Historians and the Second Spanish Republic: the Emergence of a New Orthodoxy», *European Studies Review*, vol. 3, núm. 1, 1973, pp. 81-87.

acuerdo con sus colegas de la derecha. A estos últimos, en cambio, se les presenta como una formación cristianodemócrata comprometida en principio con la democracia.

Esta tesis tuvo un quasilanzamiento a comienzos de los años setenta con la publicación de cinco libros de hispanistas británicos y norteamericanos. Uno de estos libros era un volumen de ensayos, editado por Raymond Carr y escrito por algunos de los mismos autores, al cual el historiador más o menos oficial del régimen, Ricardo de la Cierva, también contribuyó. De hecho, un La Cierva entusiasta acogió esta nueva ola de publicaciones sobre la historia de España como la legitimación del franquismo renovado por Fraga Iribarne³². De los componentes británicos de esta nueva tendencia, I. W. D. Trythall publicó una biografía más o menos exonerativa de Franco, poco después de dos libros casi hagiográficos sobre el dictador de dos historiadores conservadores británicos, George Hills y Brian Crozier³³. Les siguió Richard A. H. Robinson con un libro que intenta demostrar que Gil Robles y la CEDA tuvieron que renunciar a la democracia a regañadientes por la intransigencia revolucionaria de la izquierda³⁴.

Estas interpretaciones, compartidas en su totalidad, o en parte, por los historiadores conservadores norteamericanos, como Payne y Malefakis³⁵, fueron impugnadas por otros, como Romero Maura y Preston que se propusieron demostrar que fueron las oligarquías y la CEDA las que habían paralizado la reforma y, por tanto, creado la base de la reacción. Lo que se esconde detrás de esta polémica no es simplemente la interpretación de fuentes primarias, sino las diferencias ideológicas que separaban a la izquierda de la derecha en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos. Sin embargo, no queda asomo de duda de que, ideologías aparte, fueron los críticos izquierdistas de la interpretación conservadora los que resultaron más convincentes debido a su marco interpretativo mucho más sofisticado. Sin menospreciar el debate sobre

³² PHESTON, «The War of Words», *op. cit.*, pp. 7-8.

³³ J. W. D. TRYTHALL, *Franco: A Biography*, London, 1970; George HILLS, *Franco: the Man and his Nation*, London, 1967; Brian CROZIER, *A Biographical History*, London, 1967.

³⁴ *The Origins of Franco's Spain. The Right, the Republic and Revolution, 1931-1936*, Newton Abbot, 1970.

³⁵ Stanley G. PAYNE, *The Spanish Revolution*, London, 1970; Edward E. MALEFAKIS, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain*, New Haven, 1970.

la política, hicieron hincapié en los antecedentes socioeconómicos como condicionante de las tensiones que dieron lugar a la Guerra Civil³⁶.

El mismo problema de contextualización ha dominado el debate sobre de la Guerra Civil dentro del hispanismo británico. Paul Preston ha jugado, sin duda, un papel fundamental en la elaboración de un análisis sofisticado de los acontecimientos y los procesos del conflicto, compartido por la mayoría de los historiadores británicos de la Guerra Civil³⁷. Este análisis ha sido enriquecido por las contribuciones, entre otras, de Blinkhorn sobre el Carlismo, Graham y Heywood sobre los Socialistas, Frances Lannon y Mary Vincent sobre la Iglesia, Gerald Howson sobre los problemas de compra de armamento con los que se enfrentó la República y la monumental historia oral de Ronald Fraser sobre la Guerra Civil³⁸. Pero la cuestión del papel del Partido Comunista llegó a ser motivo de fuerte polémica después de la publicación en Nueva York de un libro del autor galés, Burnett Bolloten, en 1961, el cual tuvo tres ediciones, la última de las cuales apareció en España en 1989 y en Gran Bretaña en 1991³⁹. Bolloten, quien estuvo en España como corresponsal de United Press durante la Guerra Civil, dedicó casi cincuenta años a desenmascarar el lado oscuro del papel de los

36 Paul PRESTON, *The Coming Of the Spanish Civil War*, London, 1978; Martin BLINKHORN, *Carlism and the Crisis in Spain 1931-1939*, Cambridge, 1975. Para la visión crítica de las interpretaciones conservadoras Martin BUNKHOHN, «Anglo-American historians and the Second Spanish Republic: the emergence of a new orthodoxy», *European Studies Review*, 3, núm. 1, 1973. También la *Revista Internacional de Sociología*, 3-4 (julio-diciembre 1972), en la que aparece J. ROMERO MAURA, «Unas palabras sobre el debate historiográfico acerca de la segunda República»; José VARELA ORTEGA, «Reacción y revolución frente a reforma», y Paul PHESTON, «El accidentalismo de la CEDA: ¿aceptación o sabotaje de la República?».

37 Entre sus obras destacan, *A Concise History Of the Spanish Civil War*, London, 1996; *The Politics Of Revenge: Fascism and the Military in Twentieth-Century Spain*, London, 1990, y *Franco: A Biography*, London, 1993.

38 Martín BUNKHOHN, *Carlism and Crisis in Spain, 1931-1939*, Cambridge, 1975; Helen GHAMAM, *Socialism and War: the Spanish Socialist Party in Power 1931-1939*, Cambridge, 1991; Paul HEYWOOD, *Marxism and the Failure of Organised Socialism in Spain 1879-1936*, Cambridge, 1990; Frances LANNON, *Privilege, Persecution and Prophecy: The Catholic Church in Spain 1875-1975*, Oxford, 1987; Mary VINCENT, *Catholicism in the Secular Spanish Republic: Religion and Politics in Salamanca 1930-1936*, Oxford, 1996; Gerald HOWSON, *Aircraft of the Spanish Civil War 1936-1939*, Londres, 1990; Ronald FRASER, *Blood Of Spain: The Experience of War 1936-1939*, Londres, 1979.

39 La edición española es: *La guerra civil española: revolución y contrarrevolución*, Madrid, 1989.

comunistas en la contienda. Su afirmación de que el gobierno de Negrín subordinó la República a las necesidades de la política exterior de la Unión Soviética ha sido debidamente cuestionada. A pesar de lo meticuloso de su investigación, el problema con su análisis es que en parte ignora el contexto de la preguerra, concretamente los profundos problemas socioeconómicos y la crisis ideológica de la izquierda. En parte, también, omite la compleja historia interna del movimiento socialista durante la guerra y subestima la necesidad de asegurar el orden dentro de la República y mantener el suministro de armas de la Unión Soviética ⁴⁰.

Se podría decir que otra polémica, mucho menos acalorada por cierto que las desatadas por la Guerra Civil, tuvo lugar en la interpretación del franquismo y de la transición a la democracia, no sólo entre historiadores británicos sino también entre españoles, europeos y norteamericanos. La tendencia conservadora argumentó que, a pesar de los excesos cometidos por el franquismo y la falta de democracia, la dictadura fue una experiencia positiva en el sentido de que creó las bases de la modernización de España ⁴¹. Los historiadores críticos del franquismo, por el contrario, sostenían que el cambio de política en 1957 fue una reacción pragmática y superficial a una serie de problemas socioeconómicos específicos y que la apertura de la economía iba en contra de todo a lo que Franco tenía apego ⁴². Sin la dictadura, la reestructuración y el despegue de la economía española podía haber empezado una década antes. Los profranquistas también resaltaban la voluntad de los reformistas internos de transformar la dictadura en democracia, viendo en las negociaciones de las élites y el papel del Rey la causa principal de la transición ⁴³. Otros, por el contrario, argumentan que la presión por una reforma democrática procedía también desde abajo, de los movimientos populares reivindicativos, de las organizaciones regionales y de la oposición política al franquismo. Según este

⁴⁰ Para el debate sobre la tesis de BOLLOTEN, véase Helen GRAHAM, «Spain and Europe: the View from the Periphery», *The Historical Journal*, 35, 4, 1992, pp. 969-983; la reseña de Herbert R. SOUTHWORTH en *ACIS Journal*, 4, 2, 1991; Julio ARÓSTEGUI, «Burnett Bolloten y la Guerra Civil Española: la persistencia del "Gran Engaño"», *Historia contemporánea*, núm. 2, 1990, Y Sebastian BALFOUR, «Burnett Bolloten, The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXX (1993), pp. 476-477.

⁴¹ Por ejemplo, Stanley PAYNE, *The Franco Regime 1936-1975*, Madison, 1987.

⁴² PRESTON, *Franco*, p. 669.

⁴³ Charles T. POWELL, *El piloto del cambio*, Barcelona, 1991.

análisis, el acuerdo constitucional fue el resultado de una dialéctica entre movilización social y negociación entre élites. Sin embargo, como yo intenté demostrar, el carácter local y diferenciado fue la fuerza de los movimientos sociales durante el franquismo y su punto débil en la transición porque no tenían ni expresión ni peso político ⁴⁴.

Detrás de estas diferencias interpretativas se esconden las distintas visiones en torno a la manera en que se hace la historia. Una de estas visiones parte de una tradicional historiografía liberal británica como hemos visto, enfatiza que la historia está gobernada hasta cierto punto por el azar y la indeterminación y, por tanto, premia el papel del individuo que parece tener un margen bastante amplio de autonomía. La otra, coherente con la tradición socialista o marxista británica, enfatiza en la dinámica de la historia moderna el papel de las estructuras socio-económicas, los intereses enfrentados y los movimientos sociales.

No cabe duda de que entre la vasta mayoría de los historiadores británicos que trabajan sobre España en este momento, se puede encontrar como base en su decisión de especializarse en historia española un fuerte compromiso político de izquierdas. Para la generación más vieja de los historiadores ejercientes esta decisión se originó principalmente en su contacto con la lucha en contra de la dictadura franquista durante los años sesenta y setenta. Pero detrás de este compromiso, se encuentra una fuerte tradición antifascista en Gran Bretaña que ha quedado expresada a través de los contactos mantenidos entre los veteranos sobrevivientes de las Brigadas Internacionales y el nuevo centro de hispanismo histórico británico creado por Paul Preston, primero en Queen Mary College, y ahora situado en la London School of Economics. Otro foco de interés de los historiadores de España es la transición española a la democracia como modelo o paradigma de otras transiciones. Ésta evocó un interés considerable en la disciplina de las ciencias políticas y llevó a una nueva generación de estudiantes al estudio sobre España.

Con su permiso, me detendré un momento para considerar mi propia trayectoria, que podría servir como ejemplo de la renovación del interés

⁴⁴ Sebastian BALFOUR, *Diclatorship, Workers and the City. Labour in Greater Barcelona since 1939*, Oxford; BALFOUR, «El movimiento obrero desde 1939», *Working Papers*, Institut de Ciències Politiques i Soeials, núm. 24, Barcelona, 1990; Paul PRESTON, «Recientes estudios de historia del movimiento obrero español», *Sistema*, núm. 106, enero 1992, pp. 109-114; otro historiador británico que ha subrayado el papel de la movilización obrera es Joe FOWERAKER, *Making democracy in Spain; grassroots struggle in the south, 1955-1975*, Cambridge, 1989.

por España entre historiadores británicos. En 1968, me encontraba fortuitamente trabajando en París cuando se desarrollaron los acontecimientos de mayo y me lancé de forma bastante vaga e intrascendental a participar en el movimiento. Mi nuevo compromiso político continuó en Inglaterra después y empecé a cursar estudios latinoamericanos a nivel doctoral en consonancia con el auge del Tercer Mundo como objeto de fascinación para los politizados de mi generación. Sin embargo, desde el año 73 más o menos, tenía que acompañar a un grupo de estudiantes cada año a España y como consecuencia, presencié la represión franquista y la fuerte lucha democrática de los estudiantes y los obreros. Me chocó luego el saldo de tanta lucha en el acuerdo democrático que se selló con el pacto de silencio y la subordinación o el olvido de los que lucharon y sufrieron y los que torturaron durante la dictadura. Me puse entonces, bastante tarde en cuanto a la carrera, a estudiar el movimiento obrero en la dictadura y la transición españolas. Tuve como director de tesis a Preston, que había sido miembro de la Junta Democrática.

En definitiva, es claro que desde la llegada de la democracia y la extraordinaria expansión de las universidades españolas, el hispanismo extranjero ya no es tan influyente como lo fue durante la dictadura. Se abrieron los archivos, aparecieron nuevas fuentes de ayudas económicas y se desarrollaron en España nuevos enfoques y metodología en la historiografía, de tal forma que se multiplicaron los estudios de historia local, regional, económica, social etc. Sin embargo, el hispanismo histórico británico sigue contribuyendo a la comprensión de la historia de España del siglo XX de dos formas distintas. La primera trata de su aportación tradicional de estudios de gran síntesis y la segunda en su renovación de la historiografía a través de la interdisciplinariedad y del desarrollo de las perspectivas del estudio de la cultura, asignatura que está todavía en su infancia en España debido a la fuerte *compartimentalización* de las disciplinas. Los orígenes de esta nueva disciplina o interdisciplina en Gran Bretaña se remontan a los últimos años cincuenta y a comienzos de la década de los sesenta cuando Raymond Williams y Richard Hoggart ampliaron la práctica de la crítica literaria a los fenómenos culturales y E. P. Thompson publicó su obra maestra sobre la cultura de la clase obrera inglesa, que fue mucho más allá de la tradicional historia social.

Desde entonces los estudios culturales han ido creciendo y asimilando una multitud de escuelas y disciplinas -desde la Escuela

Frankfurt y el marxismo hasta la psicología, el estructuralismo, la semiótica, el posmodernismo en definitiva-o Algunos de sus componentes más radicales, como se sabe, cuestionan incluso la legitimidad de la historiografía como tal, argumentando que es sólo un discurso entre otros posibles discursos. El planteamiento de E. H. Carr '¿Qué es la historia?', ha dado paso, en esta nueva polémica, a otro: ¿se puede hacer historia como tal? ⁴⁵ No creo, en realidad, que nos enfrentemos a una seria crisis epistemológica sino a la necesidad de abrir la historiografía a nuevos y distintos metodologías y enfoques teóricos. Aparte de sus excesos, típicos de la juventud, los nuevos planteamientos pueden representar un enriquecimiento de la historia. Un reflejo en el hispanismo británico de este enriquecimiento es el libro editado por Jo Labanyi y Helen Graham cuyo título es *Spanish Cultural Studies. An Introduction*, al que han contribuido profesores británicos y españoles de diferentes disciplinas. No dudo en absoluto que el hispanismo británico producirá nuevas y gratas sorpresas en el futuro.

⁴⁵ Keith JENKINS, *On "What is History?"*. From Carr and Elton to Rorty and White, London, 1995; Richard I. EVANS, *In Defence of History*, London, 1997.